

EL COMBUSTIBLE DEL REINO

Lucas 11:1-13 (La Biblia de las Américas)

Padre, santificado sea tu nombre.
Venga tu reino.
Danos hoy el pan nuestro de cada día.
Y perdónanos nuestros pecados,
porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben.
Y no nos metas en tentación.

Como pastor yo he tenido que acompañar a personas en situaciones muy difíciles, hasta desesperantes. Con frecuencia en el hospital, por ejemplo, cuando yo o algún familiar siente frustrado e impotente, solemos decir: “Ya no podemos hacer nada. Sólo podemos orar.”

Orar, el último recurso del desesperado, un golpe sin efecto al aire, un balbuceo antes de hundir bajo las aguas.

Esta representación de la oración no sólo corresponde a estas situaciones. He encontrado la misma actitud en reuniones del consejo de la iglesia. El consejo hace sus planes, organiza su programa y luego al final, como último detalle, como cuando alguien cierra su maletín antes de irse a casa, ora. Es el punto seguido.

La oración en Lucas 11 es muy lejos de este tratamiento de la oración. No es un acto de desesperación, no es una expresión de impotencia, no es un detalle religioso para cerrar los planes, **es el combustible del Reino de Dios**.

El evangelista de Lucas-Hechos acentúa el papel de la oración en el Reino de Dios. Está vinculada a todos y a cada uno de los momentos clave en la vida de Jesús y de la Iglesia.

Cuando Zacarías, el padre de Juan Bautista, tuvo la visión del ángel en el templo, el pueblo estaba fuera orando (1:10). Lucas es el único evangelista que observa que Jesús estaba orando cuando el Espíritu descendía en su bautismo (3:21). Pasó la noche en oración antes de seleccionar a sus doce discípulos (6:12). Estaba orando cuando preguntó a los doce: “¿Quién dicen las multitudes que soy yo?” (9:18) Mientras oraba en la montaña fue transfigurado (9:28,29).

En Hechos vemos el mismo patrón. El derrame del Espíritu en Pentecostés ocurre mientras están orando en el aposento alto. Durante una reunión de oración el Espíritu dirige a los líderes en Antioquia a apartar a Bernabé y Pablo como misioneros (13:2), y así continúa.

La oración era un elemento clave en la vida y el ministerio de Jesús y en la vida de la Iglesia. Este es el contexto para el pasaje de hoy.

El evangelista es un artista. Lucas 11:1-13 tiene tres partes pero funciona como un conjunto. La primera frase del Padrenuestro y la última declaración sobre la oración

y el Espíritu Santo forman dos sujetos libros del estante sobre la oración. Fijan el tema central, que consiste en dos partes, es decir, establecen el *qué* y el *quién* de la oración.

El *qué* de la oración es el Reino de Dios. Puesto que el Reino de Dios es el tema central del mensaje y ministerio de Jesús, no debe sorprendernos que la primera petición que Jesús enseña es: "Venga tu Reino". El Reino de Dios es el contexto de toda oración. Orienta las peticiones; establece las prioridades y sirve de criterio.

Por eso la oración nunca puede ser puro egoísmo. Tiene a Dios el soberano en su centro. Pedir que venga el Reino es buscar un mundo con una relación apropiada con Dios, y esto nos pone en conflicto con el sistema imperante. El sistema mundial tiene al ser humano en el centro; es idólatra, así que pedir que venga el Reino es una petición subversiva y radical.

Jesús demuestra el carácter subversivo y radical del Reino en su propia vida y ministerio. Él trae el Reino, y por eso le oponen los demonios, la jerarquía religiosa y el imperio romano. Lo mataron por traer el Reino.

¿Es el Reino de Dios el contexto de nuestra oración?

Si el *qué* de la oración es el Reino de Dios, el *quién* es Dios Padre. Los especialistas están de acuerdo de que la conciencia de Dios como su Padre era un factor que distingue a Jesús del judaísmo de su época. En nuestro texto Jesús está enseñando a sus seguidores que Dios es su Padre también.

Si el Reino es el *qué* de la oración, el Padre es quien da el carácter a este Reino y quien establece el carácter de su descendencia. ¿A quién dirigimos la oración? Al soberano del Reino, sí, pero es un soberano que a la vez es nuestro Padre. ¿Quiénes están pidiendo? Los súbitos del Reino, pero son súbitos que a la vez son hijas e hijos del Padre. Este reconocimiento mismo define la oración, nos inspira la confianza y asegura la respuesta.

Las ilustraciones que siguen el Padrenuestro ponen hincapié en esta faceta de la oración. Puesto que Dios es nuestro Padre, nuestra oración debe ser conforme a esta realidad. Somos hijas e hijos de un Padre perfecto, así que podemos acercarnos con plena confianza en su amor y de su buena voluntad.

La primera ilustración ha sido interpretada como una exhortación a la persistencia en la oración, pero creo que se ha equivocado en el punto de énfasis.

Un amigo llega en la noche y pide pan, porque ha llegado gente y necesitan comer. Pero su amigo ya está acostado y no quiere despertar a toda la familia para ayudar a su amigo. Si consideramos esta situación en el contexto de las normas de hospitalidad de la época, y si damos cuenta de que en un pueblo todo el mundo se va a enterar, podemos comprenderlo de otra manera. El anfitrión se levantará porque negar

la hospitalidad a su amigo produciría una situación de vergüenza frente al pueblo. Sería violar las normas sociales.

Visto desde otra perspectiva, el suplicante demuestra la relación de amistad con el anfitrión por su falta de vergüenza. No teme poner a su amigo en una situación difícil porque es su amigo, no es un desconocido.

Así que el énfasis de la ilustración no es que debemos molestar a Dios con la persistencia de una mosca en un picnic. Es que podemos tener plena confianza en la oración porque al que nos dirigimos es nuestro Padre.

Los dos versículos que siguen esta ilustración sirven como la moraleja. *“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.”*

La última ilustración compara al Padre celestial con un padre normal. Ya sabemos que todos nuestros padres son imperfectos, pero hasta ellos no dan algo dañino a una hija que les pide algo. Jesús dice: *“Si vosotros siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”*

El Espíritu Santo no se da en el evangelio de Lucas. Se da en Hechos. Es el poder que capacita a Jesús para su ministerio. En su bautismo la voz del cielo revela que también el Espíritu es una manera en que el Padre se da al Hijo. Dios es nuestro Padre y también se da a nosotros en el Espíritu Santo. Además, el Espíritu es el poder capacitador del Reino de Dios. ¿Y cómo se recibe el Espíritu? En la oración.

Recapitulemos. La oración no es un acto de desesperación, no es una expresión de impotencia, no es un detalle religioso para cerrar los planes, *es el combustible del Reino de Dios.*

A través de la oración somos participantes con Dios en la realización del Reino. Justo como Jesús, nos oponemos al sistema global pecaminoso y deshumanizador con la oración y en el poder del Espíritu. La oración nutre y fundamenta nuestra acción en nombre de Dios.

Además, vivimos la realidad de nuestra relación íntima con Dios como Padre por medio de la oración. Si el Reino es el *qué* de la oración, nuestro Padre celestial es el *quién*. Y está en relación a este *quién* que nosotros encontramos nuestra identidad y nuestro propósito.

Que nos unamos a la petición de los discípulos: *“Señor, enséñanos a orar.”*

Marcos Abbott
Julio 2004